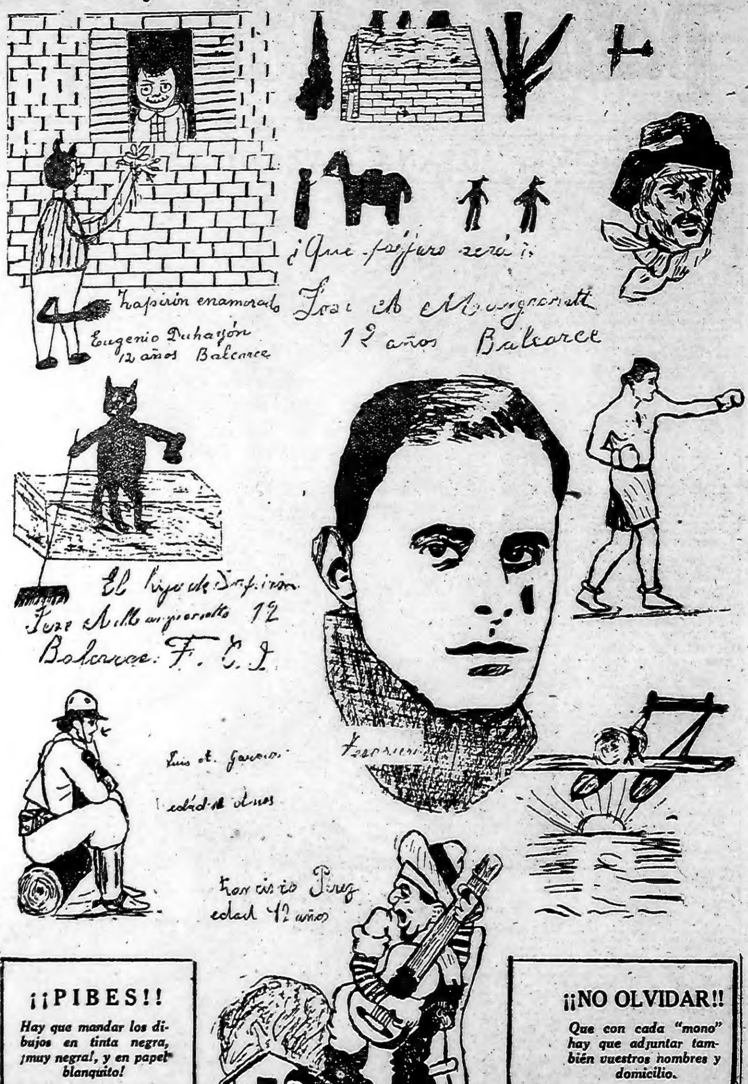
Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 27 de Abril de 1927 No. 85

Cuadros Célebres "DIANA CAZADORA" de Nattier



TRABAJITOS DE NUESTROS PIBES



¡¡PIBES!!

Hay que mandar los dibujos en tinta negra, ¡muy negra!, y en papel blanquito!

¡¡NO OLVIDAR!!

Que con cada "mono" hay que adjuntar también vuestros nombres y domicilio.

Buster Keaton, el Hombre que hace Reír a los Pibes

Joseph Francis (a) Buster Keaton

La expresión más difícil y singular en la comedia es la de la seriedad, con la que muy pocas veces puede provocarse una risa franca y mantenida. Sin embargo, Buster Keaton no se ríe nunca; y este solo detalle, provoca en el público un sentimiento espontáneo y ruidosa hilaridad.

Este cómico "sui géneris" presenta las situaciones más ridículas, sufre los descalabros más fuertes, se exhibe con la indumentaria más deplorable, es blanco de las burlas más atroces, objeto de las sátiras más crudas, y pasa bajo el peso de las calamidades más dolorosas sin que ninguna de sus situaciones provoque en el ánimo del público el más leve sentimiento de conmiseración. Buster Keaton es un verdadero payaso genial, de la estirpe de los clásicos payasos ingleses, que hace reír al mundo con la máscara de su dolor y la figura doliente de su humanidad, desgarbada y sombría...

Difícil tema el suyo en el arte cinematográfico.

Escritor humorista

Buster Keaton, que es también escritor humorístico, de labor bien retribuída y apreciada en los grandes rotativos norteamericanos y entre los millones de lectores, es tipo perfecto, el acabado del hombre que hace reír. Hasta dijérase que es un magnánimo del buen humor, que a fuerza de derrocharlo tanto, de dilapidarlo ante el público, se queda sin un solo adarme para sí, y goza con el propio dolor de sentirse abandonado por la alegría. Tal es, al menos, la sensación de su figura sobre la pantalla.

Verdad es que en los Estados Unidos la comedia es el género más socorrido: el chiste ligero, breve, sin grandes complicaciones, pero de fondo equívoco, da de comer a muchos cómicos que se pasan la vida repitiendo una misma farsa sobre los escenarios del arte hablado.

Escribe, dirige y representa sus comedias

Buster Keaton escribe, dirige y representa sus comedias, dentro de las que su personalidad es la sola nota culminante. Buster es un "yoísta" formidable, uno de esos "yoístas" incapaces de formar reputaciones a su sombra, como en los casos de Harold Lloyd y Charles Chaplin. El primero de estos dos ha dado al cinematógrafo "estrellas" como Bebé Daniels y Mildred Davis. Chaplin ya se sabe que descubrió y consagró a Jackie Coogan como "estrella" de primera magnitud. Buster Keaton, en cambio, se ha hecho solo y para él solo, sin que los personajes que se mueven en torno suyo tengan derecho a reclamar el aplauso y la risa: son verdaderas sombras secundarias que únicamente sirven para realzar la figura central de Buster Keaton.

Aventurero de la vida

Buster Keaton ha sido un aventurero en la vida: uno de esos aventureros sanos a quienes circunstancias especiales empujan a una marcha hacia adelante, sin que les sea dado arrepentirse, para guarecerse a la sombra de la casa paterna. Nació en Pickway (Kansas), en un poblado que a lo sumo tenía un centenar de edificios. Pasó una vez un ciclón sobre Pickway, arrasándolo todo, dispersando por el país a los habitantes de la villa, que, de común acuerdo, convinieron en que aquello no merecía el honor de una reconstrucción. La familia de Keaton se dedicaba a la exhibición de fenómenos; pero después de ensayar con pocos resultados la misma profesión por los pueblos cercanos a la villa destruída, la familia Keaton y la familia Houdini resolvieron organizar un cuadro de variedades, que representaban por separado, pero conservando una íntima cordialidad fuera de la escena.

Buster Keaton se llamaba por entonces Joseph Francis; pero una vez, cuando gozaba ya de cierta fama como equilibrista, se desprendió de una altura considerable. De tal caída creyeron todos recogerlo medio muerto; pero Joseph Francis no había sufrido ni la más leve quebradura, ni el menor rasguño, por lo que Houdini lanzó una exclamación muy gráfica:

—"What a buster!...

Y se convino después que el muchacho quedara confirmado por semejante nombre, que en inglés se emplea para designar a individuos empedernidos, tenaces...

La celebridad de Buster

Buster Keaton llegó a ser el personaje más célebre de la tropa ambulante. Su padre se valía de él para realizar suertes atrevidas, que muchas veces lo hicieron comparecer ante los tribunales de justicia para responder del cargo de crueldad que aquí se explota con harta frecuencia para los casos de divorcio, más que para las faltas contra los animales, vigiladas por una Sociedad protectora. El público que llenaba la sala de los Keaton se enfurecía ante la forma con que el padre explotaba las raras cualidades del hijo desvergonzado. El muchacho era arrojado por el padre hasta treinta pies de distancia, con la facilidad y despreocupación con que se arroja un mueble inútil; pero la verdad es que, en justicia, nunca se encontró mérito suficiente para castigar ni tachar de cruel a aquel padre que lo único que hacía era procurarse los medios de vivir, aun a costa de la vida que engendrara, se supone, con mejores fines. De modo que, después de haber sido arrojado de su pueblo por la fuerza destructora de un ciclón, Buster Keaton siguió siendo arrojado, ante el público, por el propio autor de sus días, en fuerza de necesidad...

Todos los biógrafos de Buster Keaton convienen en que esa su seriedad en la pantalla no es otra cosa que un reflejo de su melancolía en la vida. Esto no es cierto: Buster Keaton tiene todo lo que se requiere para considerarse dichoso, y lo es, en efecto.

Efectivamente, en muchas conversaciones que más tarde he tenido con Buster, si he notado que se guarda mucho de esbozar una sonrisa, me ha parecido adivinar en su espíritu la alegría del hombre que, siendo joven, lo ha visto y observado todo: Buster Keaton no se ha separado nunca, voluntariamente, de los suyos; vive con su esposa Natalia Talmadge, hermana de Norma y de Constance, en un hermoso "bungalow" del elegante distrito de Wilshire, y a dos calles de distancia habitan sus padres, acompañados de sus hijos Henry y Louise, que concurren diariamente a una escuela superior.

Keaton, cruzado de la libertad

Sólo una vez llamado por el deber de la patria, Buster Keaton hubo de abandonar a su familia: marchó a la guerra en un regimiento de soldados, muchos de los cuales dieron su vida, derramando su sangre, en nombre de la llamada "Democracia Universal". Las balas respetaron la vida del notable cómico, que en aquella época, seguramente, pudo mantener a todas horas la expresión de seriedad que lo caracteriza en la pantalla.

De lo único que se entristece de veras es de la poca suerte que tuvo su ciudad natal, incapaz de sobrevivir para gozar de su gloria.

Lo que más lo apena

Cuando él refiere el desastre de Pickway, exclama con un gesto entre sentimental y cómico:

—Yo no podré llegar nunca a mi tierra, ni ser recibido por las autoridades y condecorado por las muchachas de mi pueblo...

En la calle Main, á las siete de la noche, la hora de mayor tráfico.

—No empujo.

—Perdone, pero me están empujando á mí.

—Me está usted deshaciendo.

—Y a mí el estómago con este brazo...

—Perdóneme.... excúseme...; pero me empujan los de atrás...

—Lástima que no esté aquí mi esposa. Lo que gozaría viendo esto...

Luego comentó la labor de los combatientes:

—El pequeño sabe más, pero el otro es más fuerte. ¿No le parece?

Hice un gesto ambiguo. Esto dió base á mi vecino para forzarme una apuesta, que rehusé, asegurando no entender de "esas cosas". El se quedó ufano de su sapiencia en asuntos de boxeo..

El tránsito se congestionaba, se hacía imposible: las bocinas de los autos desgarraban una sinfonía estridente, angustiosa. Así pasaron cinco minutos. Por fin terminó la contienda: el fuerte derribó a su adversario de un último y soberbio puñetazo en la nuca, y el infeliz cayó redondo, como fulminado por un rayo. Sonó un aplauso..., y el triunfador, indemne, erguido, marchó después de recibir felicitaciones del policía, entre la admiración de la concurrencia.

Normalizóse el tráfico como por encanto. El policía pidió auxilio a un puesto de socorros. Sólo un pequeño grupo quedó frente al vencido que resoplaba fatigosamente. Aseguró mi vecino después de palparle:

—No es nada. Mañana a esta hora puede aceptar otra pelea.

Y empeñado en preguntarme, inquirió nuevamente:

—¿No le parece?

—Repito que no entiendo de esas cosas — contesté algo molesto.

En aquel momento llegó la ambulancia con bocinazos de infierno y recogió al herido. La operación fué rápida y desprovista de mimo, como quien recoge un canasto de basura. Del mismo carro alguien bajó un cubo con agua, y limpió del pavimento las escasas huellas de sangre: todo esto en un minuto. El convoy partió veloz y alarmante. Sobre el "terreno del honor" sólo quedaron dos chiquillos discutidores y sucios...

—Estos espectáculos me agradan sobre toda ponderación — me aseguró mi nuevo amigo —; usted podrá deducir: iba en busca de mi esposa y ha pasado la hora de la cita; ella, que conoce mi delirio por estas cosas, sabrá disculparme cuando la entere.

Alenté a su morbosa inclinación declarándome su partidario, a fin de congraciarme; él me estrechó mi mano efusivo, y como a la sazón pasáramos frente a un puesto de refrescos, me invitó a tomar algo. Acepté.

El establecimiento estaba lleno de gente. Una orquesta de negros estropeaba con acierto las cadencias de un vals: Encantadora Susana, que ha logrado popularizarse extraordinariamente. Mientras tomábamos cerveza, mi amigo hacía una minuciosa apología del músculo. Su erudición no tuvo límites tratándose de deportes; todos le eran conocidos, y me dió cuenta de los más recónditos consejos de las hipogías nuevas...

Le escuchaba cuando me asaltó una preocupación. ¿Dónde había visto anteriormente la cara de este hombre? Por más que forcé la imaginación, no pude descifrar la incógnita. Intrigado, clavé los ojos en mi amigo incidental y revolví ideas y recuerdos. Casi hipnotizado por mí, él amainó su charla, y cuando la fatiga puso un punto en ella, creí oportuno felicitarlo por sus vastos conocimientos y contuve su charla inagotable, asegurándole que me era forzoso acudir a la casa de un amigo enfermo. El galante, ofreció llevarme en su automóvil. Pagó el gasto y salimos. Avanzó hasta nosotros, solemne, a la calle, a una orden suya un flamante Cadillac. Yo me preguntaba, intrigado, mientras mi amigo encendía un cigarrillo: "¿Quién será este hombre?" Cuando, de pronto, mis ojos tropezaron con las cifras en oro de la familia "Talmadge", colocadas sobre la portezuela del carro. Eché sobre mi amigo una mirada definitiva: estaba hablando con Buster Keaton.



Chapete en la Isl

I
EL NAUFRAGO

ERA de noche, una noche sin luna ni estrellas, noche de tempestad. El viento mugía de una manera espantosa, los truenos retumbaban horrorosamente; caían los rayos a montones y el mar, con todas estas cosas, estaba enfurecido.

Sólo un buque caminaba por la inmensidad del Océano.

Pero no, no estaba solo, porque a poca distancia, de él había un bulto agitado por las olas.

De pronto brilló un relámpago, que iluminó la escena. Gracias a esto podemos ver que el bulto es una lanchita, dentro de la que, ¡horror!, hay un hombre que agita desesperadamente los brazos con grandes muestras de angustia.

Gracias al mismo relámpago, el náufrago ha sido visto por los del buque. Y también gracias al mismo relámpago —que, decididamente, no podía ser más oportuno— hemos podido distinguir el nombre del buque y la silueta de sus tripulantes.

El buque lleva escrito en el costado el siniestro nombre **El Chacal**, célebre en la historia de la piratería.

Y sus tripulantes son los terribles piratas negros, **"que tienen a Chapete por capitán"**.

¡Chapete! — exclamaréis, sin duda —. ¿Pero no le dejamos prisionero en Isla Feliz, expiando sus últimas fechorías.

Sí, allí le dejamos, en efecto; pero, como veis, el infame logró evadirse de la prisión.

¿De qué manera No me lo preguntéis ahora, por favor; ya veis que apremia el tiempo para salvar al desdichado, que está a punto de ahogarse.

Desde el buque pirata lanzan una cuerda y el náufrago se agarra a ella. ¡Respiremos! A los dos minutos, el desgraciado se encuentra sano y salvo sobre la cubierta de "El Chacal".

Chapete contempla la escena fría y duramente. Voltereta, más compasivo que su amo, lame las manos al náufrago para infundirle algún calor.

—Reanimarle — ordena el capitán a sus secuaces —; quiero interrogarle cuanto antes, para ver si se puede sacar algún provecho de este individuo.

(Como veis, cuando Chapete salvaba la vida a alguien, no lo hacía por bondad, sino por interés).

Tintinelo corrió en busca de ron, del que había siempre abundante provisión a bordo de "El Chacal".

En cuanto el licor penetró entre los apretados dientes del náufrago, éste abrió los ojos. El desgraciado tiritaba de frío.

—Desnudadle y ponedle ropa seca — ordenó el capitán.

Y mientras Tintinelo traía un traje de marinero, Patapón cogió al náufrago en sus brazos, con la misma facilidad con que vosotros o yo cogemos al gato.

Pero, entonces, el gigante Patapón lanzó una exclamación:

—¡Recuerno!

—¿Qué pasa?

—No... por... no es po... posible desnudarle.

— Por qué?

—Por... por... por...

—¡Mil rayos! — rugió Chapete—. O hablas como es debido o te mando a servir de pasto a los tiburones.

(Bonita manera tenía Chapete de tratar a sus hombres; yo no sé cómo tenían paciencia para aguantarle).

La amenaza produjo su efecto; el tartamudeo cesó al punto; el coloso pronunció de un tirón esta frase sorprendente.

No se le puede desnudar, porque la ropa... ¡la tiene pintada sobre el cuerpo!

¿Qué dices?

—La verdad, mi capitán.

Chapete ordenó, dirigiéndose al náufrago:

—Acércate.

El infeliz avanzó. Su paso era mecánico y singular: andaba sin doblar las piernas. Chapete le contempló fijamente durante unos segundos, mientras lanzaba grandes bocanadas de humo, que lobo de mar. Y dijo:

—¿Tú no eres un hombre de carne y hueso?

—No, señor — declaró el náufrago con tono humilde—: soy un muñeco de hojalata.

—¡Hola! ¡hola! ¿Y de qué bazar te has escapado?

—Yo no me he escapado de ningún bazar — dijo el marinero dignamente—; soy un ciudadano libre de la isla de Muñecópolis.

—¿Qué isla es esa?

—Una isla donde todos los habitantes son muñecos y todas las casas, los árboles, los bichos, todo, todo, es de juguete.

Chapete no pudo reprimir un gesto de alegría; su mirada siniestra relampagueó. Permaneció silencioso durante unos segundos; el náufrago le miraba con temor. Tintinelo y Patapón estaban respetuosamente alejados unos pasos, y Voltereta le contemplaba con sus melancólicos ojos de botón de bota.

Todos oyeron que murmuraba unas palabras, al parecer, desprovistas de sentido:

—Todos muñecos... estupenda ocasión... yo, que soy un supermuñeco...

Luego, en voz alta, ordenó resueltamente.

—Vas a conducirnos a esa isla de Muñecópolis.

—Eso es imposible — repuso vivamente el náufrago. Ningún extranjero penetró jamás en nuestra isla; nadie conoce su existencia. Capitán, pedidme lo que queráis; pero antes que revelaros el sitio donde está la isla, preferiría...

—Tú no tienes nada que proferir, miserable — rugió el feroz pirata—; sólo tienes que obedecer y callar o te rompo la cuerda, tan cierto como me llamo Chapete.

—¡¡¡Chapete!!!—gritó el infeliz, cayendo de rodillas al oír este nombre espantoso — ¡Estoy perdido!

—Si me desobedeces, sí; si acatas mis órdenes, puede que sea generoso y te perdone la vida.

El náufrago, aterrado, inclinó su cabeza articulada, sumisamente'

—Mandad, señor — murmuró con una voz que parecía un soplo.

—Vamos a ver: ¿a cuántos grados de latitud se halla y qué meridiano pasa por Muñecópolis? El náufrago empezó sus explicaciones. — La isla de Muñecópolis se halla...

II
LA ADMIRABLE ISLA DE LOS MUÑECOS

Amanecía en Muñecópolis.

Bueno; al mismo tiempo amanecía, como es natural, en muchos otros lugares; pero a nosotros no nos interesa ahora otro amanecer que éste.

Generalmente, era la hora en que en el barrio obrero — el barrio de los muñecos baratos — empezaba la agitación del día. Los "chauffeurs" y los motoristas de hojalata daban cuerda a sus respectivos vehículos mecánicos y se lanzaban por las calles en busca de parroquianos. Las pastorcitas de madera salían de sus casitas de cartón y conducían sus blancas ovejas a los prados de virutas pintadas de verde que imitaban perfectamente la hierba fresca.

Los polichinelas salían de sus domicilios y recorrían la ciudad tocando los platillos; porque éste era su modo de ganarse la vida.

Las peponas empezaban sus rudas tareas domésticas: barrían, fregaban y guisaban.

Los soldaditos de plomo y los de madera hacían el ejercicio en sus cuarteles, mientras que los polizontes de trapo se colocaban en las esquinas de las calles y en las plazas públicas.

Los habitantes del barrio aristocrático — el barrio de los muñecos caros — solían ser mucho menos madrugadores.

En este barrio sólo había casitas de lujo, preciosas; de esas que tienen su cuarto de baño, su cocina con fogón, su comedor con una araña de cristal y vajilla completa en el aparador; su alcoba con la camita de cortinas de seda y tul, y muchas ventanitas practicables, siempre abiertas para que se puedan contemplar desde fuera tantas maravillas.

En estas casas vivían, naturalmente, las muñecas y muñecos de lujo.

Ellas eran damitas de "biscuit" finísimas y rubias, que llevaban vestidos de raso; todas debían de ser de la misma familia, por lo que se parecían y porque todas se llamaban lo mismo: "kiss me".

Entre ellos abundaban los militares de graduación: generales muy orgullosos con uniformes de raso.

Los niños del barrio aristocrático eran todos de celuloide o de porcelana.

Como ya os he dicho, todos estos muñecos tan distinguidos solían levantarse tarde, mientras que los del barrio obrero madrugaban mucho.

Pero el día en que empieza esta historia amaneció, salió el sol y las calles de Muñecópolis siguieron desiertas, sin que en ellas apareciese ni un auto, ni una moto, ni una pastorcita seguida de su rebaño, ni una pepona con la escoba en la mano.

Y el sol siguió su carrera a través del cielo sin que la ciudad diese la más mínima señal de vida. No se oía nada, ni los alegres clarines de los soldaditos de plomo, ni el simpático chinchín de los platillos que tocaban los polichinelas todos los días.

Cuando algunos muñecos, hartos de dormir, se despertaron al fin, vieron con estupor que el sol caía a plomo sobre la ciudad, lo cual en Muñecópolis, lo mismo que en todas partes, indica que es el mediodía.

Desde que existe la isla de los muñecos y hay habitantes en ella no había ocurrido un caso semejante.

Porque habéis de saber que en Muñecópolis había una torre de cartón que tenía un reloj — el único que había en la isla, — el cual se encargaba de despertar al amanecer, con sus campanas, a todos los habitantes del barrio obrero. (También despertaba a los del barrio aristocrático; pero éstos se volvían a dormir, como si tal cosa). Y aquella mañana el reloj no había sonado; ¡estaba parado!

En la plaza Mayor de Muñecópolis, todos los habitantes, los aristócratas y los pobres, las damitas de "biscuit" y las peponas, las señoritas "kiss me" y las pastoras, los generales y los polizontes de trapos, todos, confundidos en el mismo sentimiento, se lamentaban y comentaban el extraño suceso.

Y no se daban cuenta de una cosa mucho más importante que lo ocurrido; y era que, entre ellos, había un forastero que no llamaba la atención porque también él era un muñeco como todos, aunque más feo y rechoncho que ninguno. Nadie se fijaba en él ni en su sonrisa antipática, que denunciaba su satisfacción en medio de la consternación general. A sus pies, un perrito de trapo le miraba melancólicamente con una mirada de dulce reproche.

No; nadie se fijaba en él, nadie más que nosotros, que en el incidente del reloj hemos reconocido la mano criminal del infame Chapete. El cual acababa de desembarcar en la isla de los muñecos para desgracia de sus habitantes.



¡Temblad, muñequitos alegres y confiados!

El pirata no se contentará con su primera hazaña.

Isla de los Muñecos

No; Chapete no se dará por satisfecho con la alegría que le produce haber trastornado durante un día vuestra vida parando durante la noche, la marcha inmutable y metódica del reloj de vuestra torre de cartón.

¡Muñequitos de Muñecópolis, temblad!

III

El desasosiego y la inquietud empezaron a reinar en Muñecópolis.

El reloj de la torre de cartón pudo arreglarse gracias a la pericia de un relojero de la calle del Juguete Viejo. Pero otros fenómenos extraños vinieron a perturbar la tranquilidad del vecindario.

Así, por ejemplo, una vez, en medio de la noche, todos los autos y motos se pusieron en marcha, recorrieron las calles, volcaron unos y se destrozaron otros. No se supo quién les había dado cuerda.

Una mañana, cuando las señoritas "kiss me" quisieron ir a pasear, se volvieron locas buscando los velitos, y como tuvieron que salir con la cabeza descubierta —a lo cual no estaban acostumbradas— se constiparon todas. Otra mañana, las virutas que imitaban tan perfectamente la hierba fresca aparecieron pintadas de colorado y, ¡claro!, las ovejitas no quisieron pacer. Pero todo esto, con ser tan horrible, no era nada comparado con la trágica y misteriosa aventura que le sucedió a Linda, la muñeca de "biscuit" que...

Pero contemos con orden.

El hotelito llamado "Villa Linda", situado en la Avenida de los Aros de Oro, era el más elegante y el más precioso de todos los que había en el barrio aristocrático — el barrio de los muñecos caros. Estaba rodeado por un magnífico jardín lleno de perfumadas flores de papel de seda y por un parque frondoso, con magníficos árboles de madera recortada. Allí vivía Linda, la muñequita más buena, más rica,



más bella, más rubia y más perfeccionada de Muñecópolis.

Linda era tan bella, que las mismas señoritas "kiss me" la tenían un poquitín de envidia y la miraban asombradas con sus tiernos, dulces y azules ojos.

Linda era tan rica, que entre todas las elegantes damitas del barrio ninguna poseía un vestido de raso tan lujoso, ni un sombrero con tan lindas plumas, ni un collar de perlas tan gruesas, ni calcetines de seda con tan finos calados.

Linda era tan perfeccionada, que, además de dominar, naturalmente, el idioma de los muñecos y hablarlo con una vocecita cristalina y melodiosa, sabía decir también "papá", "mamá", "ando sola" y "soy irrompible", en el idioma de las personas.

Y linda era tan buena, que, a pesar de tantas ventajas, todo el mundo la quería y la admiraba. ¡No os digo más!

Pues bien, un día — ¡día aciago, día de luto! — Linda, la angelical muñequita de "biscuit", honra y orgullo del barrio aristocrático — el barrio de los muñecos caros — e ídolo del barrio obrero — el barrio de los muñecos baratos, — desapareció.

La primera persona que dió la

La espantosa noticia cundió como reguero de pólvora; en menos de un minuto todos los habitantes de la isla se hallaban congregados ante la verja del hotel, haciendo comentarios, lamentándose ruidosamente y procurando ver algo a través de las ramas de madera recortada de los árboles.

Mientras tanto, todos los policías de trapo de la isla, que habían acudido en seguida, recorrían las habitaciones buscando alguna pista, interrogaban a la servidumbre y se rascaban las narices con perplejidad.

Estas minuciosas investigaciones dieron por resultado un doble descubrimiento. Primero: los vestigios de una lucha terrible, consistentes en un mechoncito de cabellos rubios, una pluma de sombrero (las muñequitas de "biscuit" duermen con sombrero y todo), unas lentejuelas del vestido azul de Linda y una moña de sus zapatitos de charol. (Las muñequitas de "biscuit" duermen también con vestidos y zapatos).

Y segundo: una escala de seda pendiente de la ventana que daba al jardín.

La evidencia, la triste, la horrible evidencia, se imponía. ¡Linda había sido raptada!

IV

Buena recompensa se otorgará a quien facilite una pista para hallar a la señorita Linda, misteriosamente desaparecida de su domicilio, "Villa Linda", de la Avenida de los Aros de Oro."

Tres días hacía que este anuncio aparecía en vano en los periódicos más importantes de Muñecópolis: "La Voz de los Juguetes", "El Polichinela Democrático" y "La Pepona Elegante".

Toda la población estaba afligidísima. En el barrio obrero — el barrio de los muñecos baratos, — los pobres, a quienes socorría constantemente Linda, descuidaban sus quehaceres para hacer indagaciones.

Y acabó por descubrirse un caso muy sospechoso.

El mismo día que desapareció la encantadora Linda de su hotelito aristocrático, había desaparecido de su pobre vivienda un joven polichinela muy conocido en el barrio, llamado Puchilín.

La coincidencia era para escamar a cualquiera, ¿verdad?

Pues aún había más; tan pronto como la policía practicó las debidas diligencias e interrogó a los vecinos respecto a la conducta últimamente observada por el tal Puchilín, se supo que éste había salido la víspera del día del rapto y había dicho a una pastora vecina que "iba a ver a la señorita Linda para un asunto muy importante".

Y parece ser que al decir estas sospechosas palabras el polichinela guiñaba maliciosamente los ojillos.

A su vez el portero de "Villa Linda" declaró que la misma noche del rapto se había presentado, a primeras horas, el tal Puchilín, preguntando por la señorita, y pareció muy contrariado cuando oyó que el propio portero le decía que la señorita Linda no estaba en casa; lo cual era verdad, puesto que había ido a ver una función de gala que daban en el "Guiñol Real" a beneficio de los pobres muñecos sin cabeza.

V

En medio de la agitación general, producida por estos terribles acontecimientos, había en Muñecópolis un corazón de pepona convertido en fuentes inagotables, unas mejillas de pepona despintadas por las lágrimas más amargas; había, en fin, una pepona que sufría con todos los poros de su cuerpo de cartón, y esta pepona era Marieta, la doncella de Linda.

La tristeza de Marieta era tan grande, que hasta barría las habitaciones y secaba la vajilla en silencio. Ya no se oía, en el aristocrático hotelito de la Avenida de los Aros de Oro, cantar con su voz alegre — mucho más alegre que entonada — el himno que dice así:

"Ambo, ato
"matarile, rile, rile.
"Ambo, ato,
"matarile, rile, ro."

¿Y sabéis por qué estaba tan triste la simpática Marieta?

¡Vaya una pregunta! — exclamaréis, sin duda, encogiéndoos de hombro. ¡Claro que lo sabemos! Marieta está triste porque es una doncella fiel y adora a su señorita de "biscuit" y su desaparición ha debido de causarle a ella más pena que a nadie.

Sí, efectivamente: algo de eso hay en la tristeza de Marieta; pero la verdad me obliga a confesaros que hay algo más también. Y lo que hay es que Marieta estaba tan triste porque ella amaba al polichinela Puchilín y Puchilín la amaba a ella; y tanto era así que estaban en vísperas de casarse cuando ocurrió lo que ocurrió.

Sin embargo, en medio de su dolor, a la pepona le quedaba un consuelo: su fe inquebrantable en la inocencia de su prometido.

—Puchilín es un muñeco pobre, pero honrado —repetía constantemente—; él no ha podido hacer nada malo. Volverá, justificará su ausencia y la señorita Linda aparecerá también; entonces nos casaremos y seremos muy felices.

Y al pensar estas consoladoras cosas, dejaba de llorar durante cinco o seis minutos lo menos.

Ocho días habían transcurrido sin que hubiese podido descubrirse nada de la víctima ni del culpable, cuando una mañana Marieta oyó un gran alboroto en la calle. Se asomó a la ventana y al ver de qué se trataba, salió disparada, atravesó como un bólido la apretada fila de curiosos, lanzó un grito agudo y... ¡cayó en brazos de su polichinela!

En efecto, era Puchilín, rodeado de gente que le insultaba, la amenazaba con los puños, le arrojaba piedras (gracias a que en Muñecópolis las piedras son de cartón) y que le hubiera destrozado de no acudir a tiempo unos cuantos guardias de trapo.

La gente, contenida por la presencia de la policía, dejó de maltratar al polichinela; pero entonces las preguntas llovieron sobre el presunto culpable:

—¿Dónde has dejado a la señorita Linda, bandido? ¿Qué has hecho de ella, miserable? ¿Vive aún, asesino?

Puchilín, boquiabierto, miraba a todos con cara de sorpresa, que todos juzgaban hipócritamente fingida.

Entonces Marieta suplicó:

—Anda, diles de dónde vienes y dónde has estado, para que se convenzan de que eres inocente.

—Sí, sí, que cuente lo que ha hecho durante estos ocho días — dijeron amenazadoramente todos.

Entonces Puchilín contó que hacía ocho días él había salido de su casa y había ido a "Villa Linda" para ver a la señorita y suplicarla que fuese madrina de su boda con Marieta, a quien quería dar esta sorpresa. Pero el portero le dijo que la señorita había salido y entonces él se fué a sentar en un banco de la Avenida, para esperar su regreso. Mientras esperaba se le acercó un individuo, a quien no pudo distinguir bien en la oscuridad; habían charlado un momento y luego... luego ya no recordaba nada hasta hacía un momento, que se había despertado en un lugar solitario, enterándose, con sorpresa, de que durante ocho días había estado durmiendo. Y no sabía más.

Un murmullo de indignación acogió este fantástico relato, y se oían voces de: "Vaya un cuento tártaro". "Vaya un fábula absurda". "Nada de lo que ha contado es verosímil".

—¿Pero de qué me acusan? — interrogó Puchilín, que parecía no comprender lo que le pasaba.

En aquel momento un marinero mecánico se destacó de la muchedumbre y dijo con tono burlón:

—¿Qué es eso que te sale del bolsillo, amigo?

Uno de los guardias de trapo se acercó, metió su mano en el bolsillo indicado por el marinero y sacó... ¿sabéis el qué? ¡Un collar de perlas! ¡¡El collar de perlas de la muñeca Linda!!

Y mientras que, seguido de los gritos y los "mueras" de la muchedumbre, exasperada por aquella prueba de culpabilidad, se llevaba a Puchilín para meterle en la cárcel en espera del juicio, la desgraciada pepona se desplomaba, sollozando, en medio de la calle.

(Continúa en la pág. 7)

HISTORIETA COMICA

LAS LLAVES DE LA CAJA



En casa del banquero señor Palomeque se ha cometido ayer un robo, por haber quedado puestas las llaves de la caja.



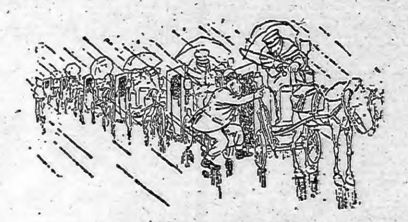
Y a propósito...



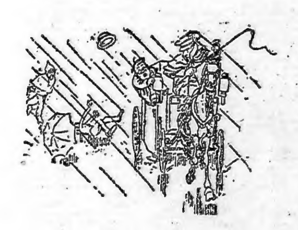
¿A que yo también?



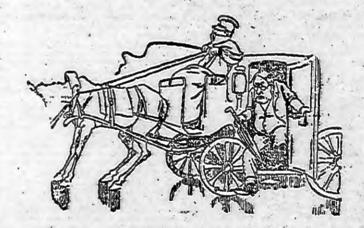
¿No lo dije? ¡Corramos!



¡A escape! ¡Dos pesetas de propina! Gato, 7, tercero...



¡Ahí! ¡Frente a la panadería!



¡Para! ¡¡Paraaa!'



¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado?



Tranquilicémonos, todo está intacto



¡Naturalmente! ¡Como que yo no he guardado aquí nunca nada! Pero, ¿y si lo hubiera guardado?

PREGUNTAS CON RESPUESTAS

¿Por qué no tenemos que revelar la fotografía con luz roja?

Sabemos que la luz blanca es realmente una mezcla de luz de todos los colores; rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil, y violeta. Las luces de ciertos colores tienen unas propiedades; y la de otros, las tienen muy distinta. Por ejemplo: la luz roja tiene mucho mayor poder calorífero que lo violada, que carece prácticamente de ella, en tanto que la roja hace subir el termómetro al instante. Ahora bien, la luz que tiene el poder de producir cambios químicos, es la que principalmente nos hace ver lo que impresiona las placas fotográficas, es la violeta, o sea la parte violeta de la luz blanca. Podemos ver de cierto modo con la luz roja, pero, prácticamente, no ejerce la menor influencia sobre las placas fotográficas. Puede decirse que éstas no ven la luz roja, y por eso podemos valernos de ella para revelarlas, sin temor a que nuestras caras o las paredes de la habitación donde manipulemos se graven en dichas placas.

¿PRODUCE EL SOL MAREAS EN NUESTRA ATMOSFERA?

Cuando pensamos en estas mareas de los pases sobre la superficie del sol, no debemos olvidar que nuestra propia atmósfera está también formada de materia, y se halla, por consiguiente, sujeta a la atracción del sol y de la luna. Debe haber, por lo tanto, mareas atmosféricas, como las hay oceánicas, aunque están muy poco estudiadas; y estas mareas gaseosas, a diferencia de las del sol, pueden ser de gran importancia para la vida, ya que afectan a la gran envoltura gaseosa que sostiene la vida en la tierra. Nos hallamos todavía en los albores de la ciencia que estudia los fenómenos atmosféricos, la Meteorología; mas en fecha no lejana es posible que las mareas atmosféricas nos den la explicación de muchos de esos fenómenos.

JALONANDO LA ATMOSFERA

El Aero-Club de Béarn, considerando que se debe iniciar la reglamentación de las máquinas voladoras, ha dirigido a los alcaldes de la región una circular que tiende a conseguir aquel objeto.

Se dice en aquella que existiendo ya en Pau dos aerodromos y una estación de dirigibles y en previsión de que aumente el número de máquinas entre las varias poblaciones de la región, se ruega a los alcaldes que coloquen en el tejado de algún edificio y situadas en punto visible, señales que sirvan para jalonar la atmósfera indicando a los conductores de aeroplanos el lugar en que se encuentran.

El Aero-Club de Béarn propone como el mejor medio para conseguir el fin perseguido la colocación de grandes carteles que en letras blancas sobre fondo negro, lleven escrito el nombre de cada población.

¿SI EL FUEGO QUEMA EL OXIGENO, POR QUE NO SE QUEMA TODO EL AIRE?

El fuego necesita dos cosas: el oxígeno del aire, y algo más para mezclarse con él, como el carbón. Es igualmente correcto decir que el oxígeno hace arder al carbón, o que el carbón hace arder al oxígeno. La verdad es que ambos arden juntos, pero no pueden arder solos.

¿CUAL ES LA DIFERENCIA ENTRE LA CERILLAS ORDINARIAS Y LAS CERILLAS DE SEGURIDAD?

En las cerillas ordinarias todos los elementos necesarios están en la cabeza. En las cerillas de seguridad todos los elementos, excepto uno de ellos, están en la cabeza. Este otro elemento se pone en la caja. Al frotar una de esas cerillas en la caja, todos los elementos químicos se juntan, y la cerilla se encienda. Pero si esa misma cerilla se frota en cualquiera otra parte, no podrá encenderse.

¿QUE CAUSA LAS EXPLOSIONES EN LAS MINAS DE CARBON?

El polvo de carbón suspendido en el aire puede arder como todo carbón, pero como las partículas son muy pequeñas, arden con mucha rapidez. Una llama corre a gran velocidad por la nube de polvo, y se dice que el polvo hace explosión. Otras clases de polvo hacen explosión de la misma manera, por ejemplo el polvo de la harina en los molinos.

¿A QUE SE DA EL NOMBRE DE COMBUSTION ESPONTANEA?

A algo que se enciende por sí mismo. Por ejemplo, trapos grasientos, puestos en un montón, pueden calentarse por una reacción química muy lenta entre la grasa y el aire, que pueden empezar a arder espontáneamente.

CUENTO MALAYO

SIMPANG IMPANG



RA un día muy hermoso, unos hombres fueron al bosque para buscar raíces, frutos y otras cosas sabrosas. Encontraron allí una gran serpiente gigantesca; pero la tomaron por un tronco de árbol. Se sentaron sobre ella y, al partir en pedazos las raíces, dió la casualidad que hirieron a la serpiente de modo que la sangre corrió en grandes raudales. Cuando notaron que habían descansado sobre una serpiente, la cortaron en muchos pedazos y cocieron su carne. Entonces comenzó a llover, a llover de modo tan espantoso, que el agua caía a chorros de los cielos, día tras día, y, por último, cubrió toda la tierra. Sólo el Tiang Layu sobresalía de las olas. Todos los hombres y animales perecieron ahogados, excepto una mujer, un perro, una rata y algunos otros pequeños animales que se encaramaron a la cima de la montaña.

La mujer buscó un cobijo contra el temporal, y vió entonces que el perro había encontrado un cómodo y agradable refugio bajo un bejuco. El bejuco se sacudía de un lado a otro con el viento, rozaba contra un árbol y adquiría calor. La mujer tuvo esto por un aviso; cogió el bejuco, lo frotó fuertemente contra un trozo de madera y produjo fuego por primera vez. El niño fué llamado Simpang Impang. Sus únicos compañeros de juego eran los animales, y con frecuencia se quejaba amargamente a su madre de su imperfección.

Un día, Simpang Impang encontró algunos granos de arroz que la rata había escondido en un agujero. Los extendió sobre una hoja para que se secaran, y los colocó en una cepa de árbol. Después, la rata exigió la devolución del arroz, y como Simpang Impang se la negara, se enojó mucho, y juró que tanto ella como su descendencia se mantendrían siempre del arroz de los hombres, donde quieran que lo encontraran. Cuando estaban aún disputando, pasó por allí Selulat Antu Ribut, el dios del viento, y, con su soplo, esparció los granos de arroz a lo lejos, por la "jungle". Enojado y admirado, Simpang Impang miró hacia todas partes; pero sólo sintió el zumbido del viento. Por lo tanto, se puso en camino con algunos acompañantes, para ir a recobrar las semillas de manos del dios del viento o, por lo menos, para saber por qué se las había quitado. Anduvieron muchos días y llegaron a un árbol sobre el cual estaba posada una muchedumbre de pájaros, que arrancaban con sus picos los brotes de las hojas tan pronto como las producía el árbol. Simpang Impang preguntó al árbol por el camino de la casa del dios del viento, y el árbol le respondió: — Sí; pasó por aquí hace un momento, y su casa está allá lejos, enfrente de aquí precisamente. Si llegas a ella, dile, por favor, que estoy cansado de echar brotes para que que los devoren los pájaros malos. Dile que debe venir y derribarme en un soplo, a fin de que tenga término mi vida miserable.

Simpang Impang siguió adelante, y llegó a un lago, que le dijo: — ¿Adónde vas, amigo?

Y, al decirle que iba en busca del dios del viento, quejóse el lago de que su desaguadero estaba obstruido por una masa de oro, y rogó que el dios del viento tuviera la bondad de apartar este estorbo. Simpang Impang prometióle al lago decir al dios algo en su favor. Siguió adelante, y llegó a un bosquecillo de cañas de azúcar y plátanos.

—¿Adónde vas, amigo? — le dijeron.

—En busca del dios del viento —respondió él.

—¡Oh! Te rogamos que le preguntes por qué no tenemos ramas como los otros árboles. ¡Nos gustaría tanto tener algunas!

—Bueno, ya me acordaré — dijo Simpang Impang. Y siguió adelante. Poco después llegó a la casa del dios del viento. Oyó allí los poderosos bramidos del viento, y el Dios le dijo: — ¿Qué buscas aquí, Simpang Impang?

Con voz trémula de cólera, replicó éste que quería recobrar el arroz que el dios del viento le había llevado.

—Resolveremos el asunto viendo quién bucea mejor — respondió el dios del viento. Y en seguida se sumergió bajo el agua.

—No; eso no vale. Veamos quién salta mejor.— Y, al decirlo, saltó por encima de su casa. Simpang Impang rogó entonces a la golondrina, que saltara en lugar suyo. La golondrina se elevó del suelo y voló tan alto, tan alto, que ya nadie podía verla. Pero aún no quiso rendirse el dios del viento.

—Intentemos una tercera prueba. A ver quién de nosotros es capaz de pasar a través de esta cerbatana.

El dios del viento se deslizó por ella, silbando. Entonces Simpang Impang no sabía ya qué hacer, pues le parecía que ninguno de sus compañeros podría ayudarle. Pero había olvidado a la hormiga; oyóse piar una tierna vocecilla: — Yo puedo hacerlo.— Y en el mismo instante la hormiga se arrastró por dentro de la cerbatana.

Pero ni aun entonces quería darse por vencido el dios del viento. Simpang Impang se enojó mucho. Acudió a su padre, el fuego, e incendió la casa del dios del viento. Por último el dios consintió en dar satisfacción por el arroz robado.

—Pero no tengo —dijo— ningún gong ni otra cosa con que pagarte. Por eso quiero hacerte hombre completo con dos brazos, dos piernas y dos ojos.

Simpang Impang convino en aquel acto, y se alegró mucho de convertirse en hombre completo. Entonces se acordó de los deseos que le habían manifestado el árbol y el lago. El dios del viento prometió satisfacerlos. Y cuando Simpang Impang le preguntó acerca de las cañas, respondió el dios del viento:

—No tienen ramas porque los hombres siempre pecan contra las buenas costumbres: llaman a menudo a sus suegros y suegras, y con harta frecuencia se deslizan por la "jungle" delante de ellos. Por eso no tienen ramas las cañas y los plátanos.

Chapete en la Isla de los Muñecos

(Viene de la pág. 5)

Pero, al momento, la valerosa Marieta recobró toda su energía; se puso en pie y solemnemente exclamó:

—A pesar de todo y por encima de todo, estoy segura de la inocencia de Puchilín, ¡y lo probaré!

VI

Se celebró el juicio oral y, como todas las pruebas estaban en contra, Puchilín fué condenado a la última pena.

¿Y sabéis en qué consiste la última pena en Muñecópolis? Es horrible: Al muñeco que es condenado lo encierran en una caja de cartón y lo facturan con destino a un bazar de Europa, donde, no solamente pierde su libertad, sino que, fatalmente, acaba entre las manos de uno de esos tiranos y verdugos de los muñecos, que son los niños. Y sabido es que entre las manos de un niño la muerte de un muñeco es cosa segura, y a veces, precedida de las más inauditas torturas: un brazo que se arranca, la nariz que desaparece, un ojo que se salta...

Cuando le anunciaron la terrible sentencia, Puchilín sólo respondió, con una testarudez que hizo encogerse de hombros a todo el tribunal: "Soy inocente"

A todo el tribunal, sí; pero a Marieta, no.

Marieta no perdió el tiempo. Se fué al Palacio Real y pidió una audiencia al rey; al día siguiente era recibida por Su Majestad Arlequinón X, rey de Muñecópolis.

El monarca tenía una corona de papel dorado sobre la cabeza; y su augusta y larga barba blanca, de algodón en rama, imponía respeto y veneración.

—Señor —exclamó la pepona, arrodillándose ante el soberano, — concededme el indulto de Puchilín.

—Eso no puede ser, hija mía — contestó bondadosamente el rey; — todo Muñecópolis se sublevaría contra mí.

—Puchilín es inocente.

—Todas las pruebas le acusan.

Marieta se puso en pie, y extendiendo su mano derecha, exclamó solemnemente:

—Señor, si me concedéis un plazo de un mes antes de ejecutar la sentencia, yo juro, en este tiempo, demostrar la inocencia de Puchilín.

Arlequinón era un buen rey, poco amigo de severidades ni de discusiones. El, como todo el mundo, estaba convencido de que el polichinela era culpable, pero por compasión concedió el plazo que la pepona le pedía.

Llegó a "Villa Linda", subió a su cuarto, cogió su baúl de hojalata, se lo cargó al hombro y se fué a casa de un prendero, al que le vendió todo: sus ropas de percal, sus zapatos de hule con suela de cartón, su medallita de plata, regalo de la señorita Linda, y su collar de cuentas rojas, que venía de la misma mano; vendió hasta la pulsera de novia, una pulserita de latón, regalo de su Puchilín.

Y vendió —¡oh, qué tristeza!— su vestido de novia, de raso negro, comprado con los ahorros de muchos años de servicio y confeccionado con el trabajo de muchas horas de vela.

Y como lo vendió todo, no le quedó nada, nada. Nada más que el dinero justo para el viaje que proyectaba.

El viaje del que, según ella creía, dependía la salvación de su polichinela.

VII

¿Qué desea usted?

Marieta se quedó desconcertada, llena de rubor y timidez ante el "groom", deslumbrante con tantos botones dorados, que le abrió la puerta.

Acababa de llegar a Madrid, y sin perder tiempo ni aun en lavarse — verdad es que las peponas se lavan muy poco, por el peligro que corren de despintarse—, se había dirigido a la casa del ilustre personaje a quien venía a ver a costa de tantos sacrificios.

¿Necesito decir el nombre de este personaje? ¿Verdad que no?

Tanto más, cuanto que he aquí que la propia Marieta lo pronuncia en contestación a la pregunta del "groom".

—Pinocho.

Y no dice más, porque la pobre chica está ahogada por la emoción y, además, porque ella no sabe decir otra palabra en el idioma de las personas.

Pero el nombre mágico ha bastado, y como la casa de Pinocho está abierta a todos, el "groom" sin asombrarse lo más mínimo por la extraña calidad de la visitante —¡vienen de tantas partes del mundo seres tan raros a visitar a su amo!—, introduce a la pepona en el despacho del héroe.

Pinocho se halla sentado en un amplio butacón de cuero y lee un libro que, por lo bonitas que son sus estampas, no me cabe duda de que es algún cuento ilustrado.

Al ver entrar a Marieta, Pinocho se levanta, porque está tan bien educado como lo estaba Luis XIV, el cual, a pesar de ser todo un rey, cuando veía a una doncella de palacio la saludaba quitándose el sombrero.

—Siéntese y dígame qué desea —dice el gran muñeco.

Pero Marieta le mira y no contesta ni se mueve. Entonces Pinocho comprende —¿qué no comprenderá él?—, y sin vacilación, sin el menor acento extranjero, repite su frase en el idioma de los muñecos; y ante el asombro de Marieta, explica sencillamente:

—Hablo todos los idiomas.

Entonces Marieta le cuenta todo lo sucedido y el motivo por el cual ha hecho un viaje tan largo y peligroso.

Pinocho la escucha con los ojos cerrados; lo que hace exclamar a la ingenua pepona:

—Señorito Pinocho, ¿se duerme usted?

—No; es que medito —responde él.

—Maleta... viaje...: detectivesco —dice Pinocho.

El "botones" sale. Entra en un cuarto donde hay varias maletas con su letrerito correspondiente cada una. Uno de los letreros dice: "Viaje de aventuras": Corresponde a una maleta llena de armas de todas clases. Otro letrero dice: "Viaje de exploración", y la maleta a que se refiere contiene telescopios, brújulas, y otros aparatos similares. El "botones" las desdeña; desdeña también la maleta que ostenta la etiqueta de "Viaje particular", y se dirige resueltamente a una que luce el letrero de: "Viaje detectivesco". En esta maleta hay un sin fin de disfraces, barbas, pelucas, bigotes y pinturas.

En cuanto Pinocho se apodera de la maleta, le dice a la pepona:

—Vámonos.

—¿Adónde? —pregunta ésta.

—A Muñecópolis.

Y sale, sin escuchar las palabras de agradecimiento de la conmovida Marieta.

Y el glorioso muñeco y la humilde pepona se dirigen a una estación (no sé si a la del Norte, la del Mediodía o la de las Delicias, pero, desde luego, a una de estas tres), y Pinocho, acercando su nariz a la taquilla, pide, con esa voz de mando que le caracteriza:

—Dos billetes de primera clase.

Y suben al tren.

Silba la máquina, el tren se pone en movimiento y al poco rato cruzan veloz por valles y montañas conduciendo a una pepona enamorada y a un muñeco glorioso que, unidos, van a tratar de descubrir el paradero de una preciosa muñeca de "biscuit" y demostrar la inocencia de un pobre polichinela.

¿Lo conseguirán?